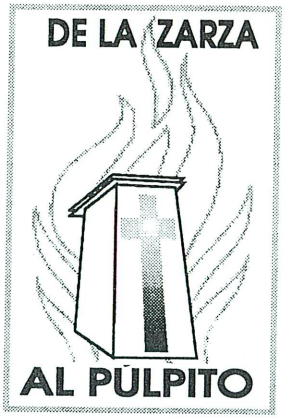
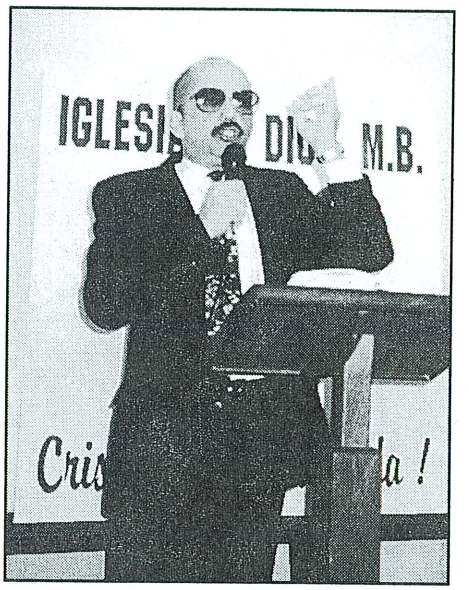


por Pablo A. Jiménez

Predicadores, profetas y sacerdotes

Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida... este es el mensaje... (1 Juan 1:1, 5).

El apóstol Juan afirma, en el versículo uno de su primera epístola, que proclamar el Evangelio es dar testimonio de «lo que hemos visto y oído; y palpado con nuestras manos tocante al Verbo de vida». La predicación cristiana, pues, es el resultado de una experiencia de fe que ilumina nuestro caminar y nos lleva a compartir el mensaje del Evangelio con los demás. Este carácter testimonial le imparte a la predicación dos características muy importantes: su dimensión «sacerdotal» y su carácter profético.



A. El aspecto «sacerdotal» de la predicación

La predicación no es una tarea individual. Si bien la preparación y el diseño del sermón se da en privado, la predicación se lleva a cabo en público, en medio de una congregación que escucha con la esperanza de ser consolada, instruida o desafiada por el Evangelio. En este sentido, el rol de la persona que predica es similar al del sacerdote en el Antiguo Testamento, quien tenía la doble tarea de presentar el mensaje de Dios al pueblo y de representar al pueblo ante Dios. Quien predica hoy da voz tanto a las enseñanzas provenientes de la Biblia y de la teología cristiana como a las súplicas y necesidades de su comunidad de fe.

Para cumplir con su función «sacerdotal», el predicador debe aprender a escuchar, es decir, a «prestar atención a lo que oye.» De este modo, estamos afirmando que la persona que ocupa el púlpito cristiano debe tener la sensibilidad necesaria para identificarse con los demás.

1. Escuchar al pueblo

En primer lugar, la persona que expone la Palabra debe desarrollar la habilidad de

NOTA DE REDACCIÓN: En este número de *El Evangelio* comenzamos una nueva sección sobre homilética, dedicada especialmente a los predicadores y predicadoras. La misma incluye artículos como "El sermón narrativo", "Cómo preparar sermones bíblicos", "El sermón de ocasión", "¿Dónde nace un sermón?", y otros. Estará a cargo del Dr. Pablo A. Jiménez, quien ha sido un colaborador regular de la revista. El Dr. Jiménez es ministro ordenado, maestro y escritor. Al presente sirve como profesor de homilética en el Seminario Episcopal del Suroeste, en Austin, Texas, E.U. El tema *De la zarza al púlpito,* sugiere que el sermón efectivo se origina en el encuentro con la presencia de Dios en la llama ardiente. Esperamos que los lectores y lectoras disfruten de esta sección, la cual se completa con los acostumbrados bosquejos de sermones. R.A.R.

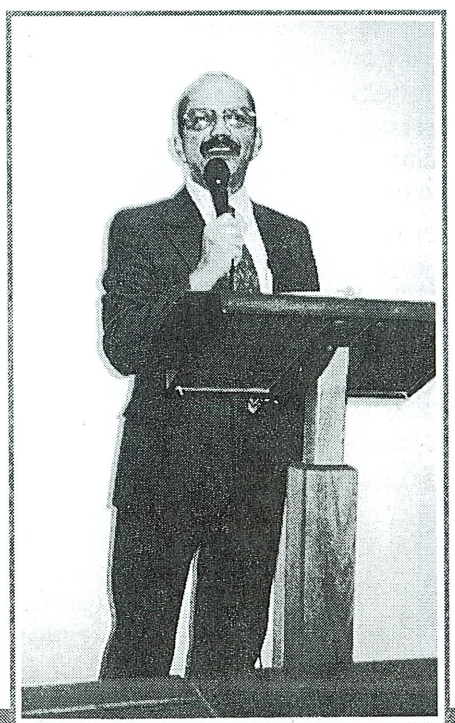
escuchar el clamor del pueblo. Es necesario que la persona que ocupa el púlpito cristiano conozca claramente la condición, la necesidad y el sufrimiento del pueblo antes de predicar. La única forma en que se puede lograr esto es si forma parte del pueblo. Cuando hablamos de «formar parte del pueblo» nos referimos a una realidad más profunda que el dato demográfico. Sólo se llega a ser parte del pueblo compartiendo tanto las alegrías como el dolor de la gente. Esto nos da la credibilidad necesaria para predicar efectivamente la Palabra de Dios.

También debemos tener claro que al hablar de «pueblo» no nos referimos exclusivamente a la comunidad religiosa. Por el contrario, nos referimos tanto a los creyentes como a las personas que no tienen convicciones religiosas definidas. Esto es así porque el reino de Dios es promesa de bienestar integral (*shalom*) para toda aquella persona que sufre. El señorío de Cristo no se limita al ámbito de la iglesia. Por el contrario, la fe cristiana afirma el reinado de Dios sobre toda la creación y espera la manifestación plena del señorío de Cristo sobre toda la humanidad (véase Fil. 2:5-11 y Ef. 1:10 y 20-23). Sólo escuchando al pueblo podremos preparar sermones que sean pertinentes para nuestro contexto. De esta forma, cuando ocupemos el púlpito nos presentaremos ante Dios en representación de nuestra comunidad; nuestra gente nos acompañará tanto en nuestras oraciones como en nuestro estudio; y el pueblo será nuestro compañero a la hora de preparar el sermón.

2. Escuchar la voz de Dios

En segundo lugar, la persona que predica debe desarrollar la habilidad de escuchar la voz de Dios. Esta voz se hará clara a través del estudio de la Biblia, de la historia y de la teología cristiana, acompañado de la reflexión sobre la acción de Dios en nuestros medios.

Debemos tener claro que el estudio de la Biblia--por sí solo--no es suficiente para preparar sermones pertinentes. Un sermón que no hable a las necesidades actuales de nuestra audiencia no es más que una pieza de museo o una crónica de arqueología bíblica. Para predicar es necesario escuchar el mensaje bíblico, preguntándonos lo que quiere decir para nosotros hoy. Para predicar es necesario poder identificar dónde se encuentra Dios actuando hoy. La predicación efectiva interpreta el mensaje bíblico, dándole viveza y otorgándole pertinencia. Este proceso de oír al pueblo para entonces «oír» la palabra de Dios vuelve a empezar cuando comunicamos al pueblo el mensaje discernido. Todo vuelve a empezar tornándose en un proceso de acción/reflexión; dando paso a una edificante práctica de la fe.



B. El aspecto profético de la predicación

El otro aspecto del carácter testimonial de la predicación es el profético. La persona que predica no sólo está llamada a identificar la acción de Dios en la historia sino también a desenmascarar a las fuerzas del mal que matan y destruyen a la humanidad. En este sentido, la predicación es denuncia y desafío; denuncia del pecado y del sufrimiento, y desafío a luchar por la reconciliación y la libertad. Ahora bien, debe quedar claro que este aspecto profético sólo puede ser efectivo cuando está matizado por dos elementos importantes: la identificación con los demás y el anuncio de la gracia divina.

1. La identificación con la iglesia y con la comunidad

Antes de «denunciar el pecado» el predicador debe recordar que también forma parte de la comunidad de fe. Es muy fácil condenar a nuestros hermanos en la fe, presentándonos a nosotros mismos como jueces imparciales que traemos el veredicto de Dios para el pueblo. En verdad, este tipo de predica-